

El Testamento del Estoico



Primera edición en REINO DE CORDELIA, enero de 2016

Título original: *A Stoic*, 1916

[Edición basada en la publicada por D. Appleton and Company en 1933]

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodcordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

Traducción de © Susana Carral Martínez, 2016

Sobrecubierta: *General James Watson Webb* (1880), de William Merritt Chase

Cubierta: Detalle de *The Chess Players* (1876), de Thomas Eakins

ISBN: 978-84-15973-72-0

Depósito legal: M-40114-2015

IBIC: FA

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Zamart

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Testamento del Estoico

John Galsworthy

Traducción de Susana Carral



Índice

Prólogo 9

I 17

II 61

III 97

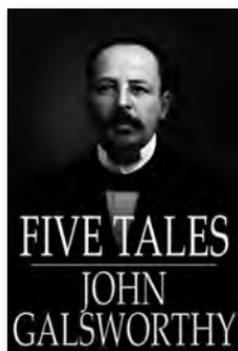
IV 135



Prólogo

EN PLENA MADUREZ, nada más superar los 50 años, John Galsworthy (1867-1933) reunió en un volumen algunas de sus cuentos largos —más bien novelas cortas— y lo tituló *Five Tales* (1918). Esas cinco historias son *The First and Last* (1914), *El testamento del estoico* y *Bajo el manzano* (1916) [REINO DE CORDELIA, n° 25], *The Juryman* y *El veranillo de san Martín de un Forsyte* (1918), que luego sería el primer entreacto de *La saga de los Forsyte* [REINO DE CORDELIA, n° 42].

Por entonces ya había publicado *El propietario* (1906), primera de las tres entregas de *La saga de los Forsyte*, trilogía que le haría famoso y gracias a la que lograría en 1932 el Premio Nobel de Literatura.



Los Forsyte, esa familia de abogados dedicados a los negocios que acaba codeándose con la aristocracia, impregnarán gran parte de la obra de este autor, porque de alguna manera son un espejo de su propia realidad personal, de su propia familia.

Cuando Joseph Conrad animó a Galsworthy a escribir le dejó bien claro que debía retratar la realidad que conocía. El consejo fue seguido al pie de la letra, demostrando además una enorme capacidad para la novela maratón que se prolonga a lo largo de páginas y páginas a la misma velocidad que la vida. Los personajes crecen, envejecen y hasta que mueren compran fincas, cuadros, viajan mucho —especialmente por España, país recurrente en la obra de este autor— y realizan todo tipo de negocios.

Lo curioso es que este atleta literario de las distancias largas se mueve también magistralmente en las carreras de velocidad, esas en las que casi ves la meta nada más empezar a leer. Y en este territorio veloz el mundo de Galsworthy también está plagado de consejos de administración, juntas extraordinarias y notarios. Abunda todo eso junto a otro elemento fundamental en su obra: el amor.

En Galsworthy el amor es de muchos sabores: amargo, dulce, agrio, picante y hasta soso. Le falta el sabor empalagoso de lo cursi, que es lo peor que se puede ser en la literatura y en la vida.

Las novelas cortas de Galsworthy, además, son de estructura perfecta. Cuando al final de su vida decidió recopilar todos sus relatos y *nouvelles*, el propio Galsworthy diría que estas historias de corta y media distancia deben construirse al igual que una araña fabrica su tela para que, a pesar de su fragilidad, sea capaz de resistir al viento y la lluvia. La técnica para ello, siempre según este gran autor, es aplicar ajustes y modificaciones paso a paso: ni un hilo de más ni un hilo de menos. El escritor de relatos debe utilizar su instinto y su punto de vista, sin dejarse llevar por las modas pasajeras que determinados editores intentan imponer. La independencia es el estado ideal del escritor y aquellos jóvenes que crean que pueden llegar a ella plegándose a los dictados de la moda editorial se verán abocados a un futuro amargo.



John Galsworthy con sus perros.

No especifica a quién dirige la advertencia, aunque le vendría al dedo a los experimentalismos del grupo de Bloomsbury que tanto empeño pusieron en calificar de vieja la literatura de Galsworthy; un esfuerzo desaforado

por matar al padre —en este caso literario—, síndrome que tantas entretenidas páginas ha inspirado a psicoanalistas como Freud y Lacan.

El testamento del estoico, como *Bajo el manzano*, no requieren de experimento alguno. Simplemente son perfectas. El estoico protagonista de la primera, Sylvanus Heythrop, es un anciano de más de 80 años, vividor y de pocos escrúpulos, muy conocido en la ciudad de Liverpool, querido y odiado por su sentido del humor y su lengua ágil y cínica. No sabe lo que es el miedo y cuando cruza la calle, los tranvías se detienen para no interrumpir su paso. Siempre ha vivido a fondo y lo hará hasta el final. Disfruta de la comida, la bebida y sobre todo de la belleza, sin permitir jamás que la tristeza o la melancolía le afecten. Aborrece a su hija, y siente una profunda indiferencia por su hijo. Pero, en cambio, profesa una atracción especial hacia la viuda de un hijo que Sylvanus Heythrop tuvo fuera del matrimonio y que malvive gastando lo que no tiene al cuidado de un crío revoltoso y una jovencita que atrae todas las miradas. Sylvanus siente un cariño egoísta por esa viuda alegre y frívola, algo que le rejuvenece y le da fuerza. ¡Ah, el amor!, aquí con sabor a menta y nada físico.

Galsworthy contó que Sylvanus Heythrop, el personaje de ese anciano hedonista y egoísta, empezó a perseguirlo ya en 1910, seis años antes de plasmarlo en el papel, y nunca lo abandonó por completo. Hasta el pun-



©Gamera, portrait by A.C. Kloppe

John Galsworthy : 1922

to de que, a pesar de que no le gustaba reciclar material ya utilizado, sí lo hace con *El testamento del estoico*, y en 1924 convirtió esta novela en una comedia en tres actos que se representó por primera vez en Londres y que

tituló *Old English*, que es como se denomina al inglés antiguo o anglosajón y que hace referencia a que el protagonista pertenece a una época ya pasada, a un tiempo perdido.

El mismo en el que vivió el gran Jolyon Forsyte padre, uno de los amigos a los que Sylvanus Heythrop recuerda con nostalgia en esta novela y que protagoniza algunas de las páginas más emotivas y potentes de la primera saga de los Forsyte.

Todo un lujo.

S. CARRAL Y J. EGIDO

*Aequam memento rebus in arduis
Servare mentem.*

HORACIO¹

¹ Recuerda conservar la mente serena en los momentos difíciles. (Todas las notas son de la traductora).

I

I

EN LA CIUDAD DE LIVERPOOL, un día de enero de 1905, la sala de juntas de la Compañía Naviera de las Islas descansaba —por decirlo así— tras los esfuerzos de la tarde. La mesa alargada aún estaba cubierta de tinteros, plumas, papel secante y los documentos que seis personas habían olvidado allí: un campo de batalla abandonado por la razón. Únicamente el anciano Sylvanus Heythrop ocupaba su lugar de presidente del consejo, en una de las cabeceras, con los ojos cerrados, quieto y sólido como una estatua. Una mano hinchada y débil, de dedos temblorosos, descansaba en el brazo del sillón y la densa cabellera blanca de su enorme cabeza relucía a la luz de una lámpara de pantalla verde. No dormía porque de

vez en cuando sus mejillas sanguíneas se inflaban y un murmullo mezcla de suspiro y reproche se escapaba de sus gruesos labios, entre el bigote blanco y el minúsculo mechón de canas sobre la barbilla hendida. Arrellanado en el sillón, aquel cuerpo cuadrado y grueso, embutido en una chaqueta adornada con galones negros, parecía no tener cuello.

El joven Gilbert Farney, secretario de la Compañía Naviera de las Islas, entró en la silenciosa sala de juntas, se acercó rápido y enérgico a la mesa, recogió varios papeles y se quedó mirando al presidente. Farney no pasaba de los treinta y cinco, en su cabello, barba, mejillas y ojos se apreciaban las vivas tonalidades del optimismo y su nariz y su boca reflejaban ironía. Porque, desde su punto de vista, él era la compañía y aquel Consejo solo existía para poner freno a su importancia. Durante siete horas, cinco días a la semana, él se ocupaba de escribir, pensar y entretejer los hilos de la empresa y aquella pandilla aparecía un día y, en dos o tres horas, le daba clases al maestro. Pero, mientras observaba aquella figura somnolienta de cabello blanco y mejillas coloradas, su sonrisa no resultaba tan despectiva como podría esperarse porque, a fin de cuentas, el presidente era un anciano ejemplar. Cualquier hombre vital y perspicaz no podía hacer otra cosa más que respetarlo. ¡Ochenta años! Medio paralizado, endeudado hasta el cuello, ha-

biéndose comportado toda la vida con moderación —¡o eso decían!— hasta que al final aquella mina de Ecuador había acabado con él. Por supuesto, eso ocurrió antes de que el secretario llegase a la empresa, pero lo había oído contar. Al parecer, el anciano la compró para especular —«*de l'audace, toujours de l'audace*»², como tanto le gustaba decir—, abonó parte en efectivo y parte en pagarés, pero la mina estaba vacía y lo dejó con 20.000 libras de las viejas acciones pendientes de amortizar. Hasta ahora el anciano había ido capeando el temporal sin quebrar. Era un carca indómito que nunca se ponía quisquilloso como hacían los demás. A pesar de ser secretario, el joven Farney era capaz de sentir apego y sus ojos expresaron un afecto compasivo. La reunión del consejo había resultado larga y problemática debido al acuerdo final sobre el asunto Pillin. ¡Curiosa la forma en la que el presidente había insistido! Satisfecho, el secretario pensó: «Jamás habría logrado que lo aprobaran si yo no hubiese decidido que es un buen negocio». Porque expandir la Compañía era expandirse a sí mismo. Aun así, adquirir cuatro barcos con el mercado del transporte de mercancías tan a la baja resultaba un tanto sorprendente y en la junta general encontrarían oposición. ¡Qué más daba! El presidente y él conseguirían

² Audacia, siempre audacia.

que lo aprobaran. De repente se dio cuenta de que el anciano lo estaba mirando.

Solo a través de los ojos se apreciaba la fuerza vital que circulaba oculta bajo aquella carcasa casi incapacitada; eran como pozos pequeños de un azul oscuro, como ventanas redondeadas, diminutas y joviales. Un suspiro atravesó varias capas de carne y dijo de forma casi inaudible:

—¿Han venido, señor Farney?

—Sí, señor. Los he acomodado en la sala de transferencias y les he dicho que enseguida se reuniría con ellos, pero no pensaba despertarle.

—No estaba dormido. Ayúdeme a levantarme.

Agarrándose al borde de la mesa con sus manos temblorosas, el anciano hizo el esfuerzo de incorporarse y, con Farney empujando desde atrás, consiguió ponerse en pie. Medía algo menos de metro ochenta y pesaba casi noventa kilos: no era corpulento pero estaba bastante grueso. Solo la cabeza, inmensa y redonda, pesaba más que un bebé. Con los ojos cerrados, parecía que intentaba vencer a su propio peso. Luego echó a andar hacia la puerta con la lentitud de una bellota de mar. El secretario pensó mientras lo miraba: «¡Qué hombre tan increíble! Es un milagro que consiga moverse. Y dicen que no puede retirarse porque vive de sus honorarios».

Pero el presidente traspasó la puerta. A paso de tortuga cruzó la oficina interior, donde los jóvenes ayudan-

tes interrumpieron sus cálculos para sonreír a sus espaldas, y se adentró en la sala de transferencias, donde estaban sentados los ocho caballeros. Siete se levantaron, uno no. El anciano Heythrop se llevó una mano al pecho a modo de saludo, se acercó a un sillón y se dejó caer en él.

—¿Y bien, caballeros?

Uno de los ocho se puso en pie de nuevo.

—Señor Heythrop, hemos elegido al señor Brownbee como portavoz. ¡Señor Brownbee! —dijo y se sentó.

Se levantó el señor Brownbee, un hombre robusto de unos setenta años, de patillas canosas y uno de esos rostros perfectamente inmutables que solo se ven en Inglaterra, de los que transmiten el sentido empresarial de padres a hijos durante generaciones, de los que hacen que la guerra, la pasión y el libre pensamiento resulten inverosímiles, rostros que inspiran confianza y despiertan el deseo de levantarse y abandonar la habitación. El señor Brownbee se puso en pie y con voz afable dijo:

—Señor Heythrop, los aquí presentes representamos una deuda de 14.000 libras. Cuando tuvimos el placer de reunirnos con usted el mes de julio pasado, recordará que nos ofreció la perspectiva de contar con un acuerdo satisfactorio para Navidades. Ya estamos en enero y debo decir que el tiempo pasa para todos.

Desde las profundidades del anciano Heythrop empezó a ascender un gruñido preliminar que alcanzó la superficie y se materializó así:

—No sé ustedes, pero yo me siento como un niño.

Los ocho caballeros lo miraron. ¿Acaso iba a intentar darles largas otra vez? El señor Brownbee dijo con una calma imperturbable:

—Estoy seguro de que todos nos alegramos de que así sea, pero vayamos al grano. Nosotros opinamos, señor Heythrop, y supongo que no le parecerá poco razonable, que la bancarrota sería la solución más satisfactoria. Hemos esperado mucho tiempo y deseamos saber con total seguridad en qué situación nos encontramos porque, con franqueza, no vemos perspectiva alguna de que las circunstancias mejoren. En realidad, nos tememos lo contrario.

—Creen que me iré al otro barrio.

Aquella forma de exponer directamente lo que en el fondo todos pensaban produjo en el señor Brownbee y sus colegas una especie de perturbación química. Tosieron, movieron los pies y apartaron la vista hasta que el que no se había levantado, un notario llamado Ventnor, dijo con sinceridad:

—Puede decirlo así, si lo prefiere.

Los ojos pequeños y hundidos del anciano Heythrop brillaron.

—Mi abuelo vivió hasta los cien años y mi padre hasta los noventa y seis, ambos sin renunciar a nada. Yo solo tengo ochenta, caballeros, y he llevado una vida intachable, comparado con ellos.

—Todos esperamos que aún le queden muchos años en este mundo —dijo el señor Brownbee.

—Más en este que en el otro. —Se hizo el silencio hasta que el anciano Heythrop añadió—: Ya reciben mil libras al año que salen de mis honorarios. Sería un error matar a la gallina de los huevos de oro. Subiré hasta mil doscientas. Si me obligan a renunciar a la presidencia declarando la bancarrota, no recibirán nada.

El señor Brownbee carraspeó.

—Creemos, señor Heythrop, que debería garantizar-nos un mínimo de mil quinientas libras. En ese caso podríamos sopesar... —El anciano Heythrop negó con la cabeza—. No aceptamos su afirmación de que no recibiremos nada si vamos a la bancarrota. Nos parece que infravalora las posibilidades existentes. Mil quinientas libras al año es lo mínimo que debe ofrecernos.

—Antes los veré en el infierno.

Guardaron silencio de nuevo hasta que Ventnor, el notario, afirmó colérico:

—Entonces ya sabemos a qué atenernos.

El señor Brownbee añadió casi nervioso:

—¿Debemos asumir que mil doscientas libras al año es su última palabra?

El anciano Heythrop asintió con un gesto.

—Vuelvan de hoy en un mes y veré qué puedo hacer por ustedes —dijo y cerró los ojos.

Seis de los caballeros rodearon al señor Brownbee y hablaron con él en voz baja. El señor Ventnor empezó a balancear rítmicamente una pierna mientras miraba furioso al anciano Heythrop, que permanecía con los ojos cerrados. El señor Brownbee se acercó para deliberar con Ventnor, tras lo cual carraspeó y dijo:

—Señor, hemos sopesado su propuesta y de momento estamos de acuerdo en aceptarla. Según nos ha sugerido, volveremos dentro de un mes y esperamos que para entonces nos ofrezca una cantidad más sustanciosa, a fin de evitar lo que todos lamentaríamos pero que, de otra forma, resultaría ineludible.

El anciano Heythrop afirmó con la cabeza. Los ocho caballeros cogieron sus sombreros y fueron saliendo de uno en uno, con el señor Brownbee cerrando la marcha.

El anciano, incapaz de levantarse sin ayuda, permaneció reflexionando en su sillón. De momento los había engatusado para que le concedieran otro mes y cuando dicho plazo hubiese transcurrido... ¡volvería a engatusarlos! Un mes bastaría para llevar a buen puerto el asunto Pillin, con todo lo que de él dependía. ¡Ese pobre miedica de Joe Pillin! Una risita gorjeante se escapó de sus labios rojos. Un mes atrás el hombre parecía una som-

bra de lo que había sido, al entrar en su salón una noche, tras el anuncio de su ayuda de cámara:

—El señor Pillin, señor.

Qué tipo tan apergaminado, meticuloso, delgado como un fideo, de manos como garras de pájaro y voz trémula al decir:

—¿Cómo se encuentra, Sylvanus? Espero que no esté...

—De primera. Siéntese. Tómese un oporto.

—¡Un oporto! Jamás lo tomo, para mí es veneno, ¡puero veneno!

—Pues le sentaría muy bien.

—Ya sé que eso es lo que dice siempre, Sylvanus, pero es que tiene usted una constitución privilegiada. Si yo bebiese oporto, fumase puros y no me acostase hasta la una, mañana mismo estaría en la tumba. Ya no soy el que era. El caso es que vengo a ver si puede ayudarme. Me hago viejo y me pongo nervioso...

—Usted siempre ha sido un medica, Joe.

—No tengo su carácter. Pero lo cierto es que quiero vender mis barcos y retirarme. Necesito descansar. El transporte de mercancías está en recesión y yo debo pensar en mi familia.

—No pierda el tiempo y arruínese: ¡No hay nada que levante más el ánimo!

—Hablo en serio, Sylvanus.

—Nunca le he oído hablar de otra forma, Joe.

Tras un carraspeo tembloroso, el otro fue capaz de decir por fin:

—Resumiendo, ¿su Compañía Naviera de las Islas no querrá comprar mis barcos?

Una pausa, un parpadeo, una nube de humo.

—¿Qué me ofrece?

Lo dijo de broma, pero la idea lo asaltó de repente. ¡Rosamund y sus hijos! ¡Qué gran oportunidad para protegerlos de la indigencia cuando él se hubiese ido al otro barrio! Por eso añadió:

—No necesitamos sus barcos para nada.

La garra del otro hizo un gesto de desaprobación.

—Son muy buenos barcos, marchan bien. El problema es mi salud. Si fuese más fuerte ni se me ocurriría...

—¿Cuánto pide por ellos?

¡Santo cielo! ¡Cómo se sobresaltaba cuando se le hacía una pregunta directa! Aquel tipo tenía los nervios a flor de piel.

—Estas son las cifras de los últimos cuatro años. Creo que convendrá conmigo en que no podría pedir menos de setenta mil.

Tras el humo de su puro, el anciano Heythrop asimiló las cifras con calma mientras Joe Pillin se tanteaba los dientes y chupaba pastillas para la tos, y luego dijo:

—Sesenta mil. Y de ahí habrá de pagarme el diez por ciento si consigo llevar adelante el negocio. Lo toma o lo deja.

—Mi querido Sylvanus, eso casi demuestra... una falta de escrúpulos total.

—El precio es demasiado elevado. Sin mí no lo conseguirá.

—Pero... pero pedir una comisión... ¡nunca podrá saberse!

—Lo mantendremos en secreto. Piénselo bien: el transporte de mercancías caerá aún más. Tómese un oporto.

—¡No! ¡No! Gracias, no. ¿Usted cree que el transporte de mercancías irá a peor?

—Estoy seguro de ello.

—Bueno, me voy. No sé qué decirle. Necesito pensarlo.

—Piénselo bien.

—Sí, sí. Adiós. No comprendo cómo puede seguir fumando esos puros y bebiendo oporto.

—Y seguramente yo lo enterraré a usted, Joe.

¡Qué sonrisa tan tenue la de aquel hombre! ¡Ni siquiera era capaz de reírse! Al quedarse solo otra vez, se dedicó a darle vueltas a la idea que se le había ocurrido.

Aunque para mantenerse en el centro del negocio naviero llevaba veinte años viviendo en Liverpool, provenía de los condados del noroeste, de una familia tan antigua que afirmaba despreciar la conquista normanda. Cada una de sus generaciones duraba casi el doble que las de hombres menos tenaces. De origen danés, sus va-

rones solían tener el cabello de un tono marrón rojizo, mejillas coloradas, cabezas grandes y redondeadas, dentaduras excelentes y ninguna moralidad. Habían mejorado la población de aquellos condados en los que se asentaron: sus descendientes estaban en todas partes. Nacido a principios de la década de los veinte del siglo XIX, Sylvanus Heythrop, tras una formación repleta de correrías tanto en la escuela como después, había ido a parar a ese Londres sencillo de finales de los cuarenta en el que dominaban el clarete, la ópera y el ocho por ciento de interés. Antes de los treinta ya era socio de su compañía naviera y navegaba con la escota siempre mojada y a favor de la marea: bailarinas, clarete, *Viuda de Clicquot* y juegos de naipes; carruaje con lacayo y viajes; en definitiva, esa deliciosa sensación de la primera época victoriana que consistía en dedicarse a disfrutar. Se sentía tan satisfecho que ya tenía cuarenta años cuando vivió la única aventura amorosa importante de su vida, con la hija de uno de sus empleados: una relación tan incómoda que resultó necesario afanarse en ocultarla. La muerte de esa joven —a los tres años y dejándole un hijo natural— había sido el peor mal trago, o el único, de su vida. Cinco años después se casó. ¿Para qué? ¡Ojalá lo supiera!, como solía decir él mismo. Su esposa había sido una mujer dura, mundana y bien relacionada que le había dado dos hijos, niña y niño, y que

con el tiempo se había vuelto más dura, más mundana y menos atractiva. El traslado a Liverpool, que se había producido cuando él tenía sesenta años y ella cuarenta y dos, acabó por romper el poco corazón que le quedaba a la esposa, aunque aguantó doce años más, refugiada en el *bridge* y mostrando su altivez hacia Liverpool. El anciano Heythrop le dio sepultura sin lamentarlo. Nunca había sentido amor por ella y muy poco por los dos hijos en común: en su opinión eran insulsos, pragmáticos y muy inesperados. Su hijo Ernest —en el Ministerio de Marina— le parecía un pobre soso, prudente en exceso. Su hija Adela —una administradora excelente a la que deleitaban las conversaciones de corte espiritual y la compañía de hombres aburridos— casi nunca dejaba de mostrarle que lo consideraba un pagano recalcitrante. Se veían lo menos posible. La hija tenía el futuro bien asegurado gracias al acuerdo por el que había beneficiado a su esposa quince años atrás, mucho antes de la no tan inesperada crisis de sus asuntos. Lo que sentía por aquel hijo secreto era algo muy distinto. El chico, que siempre había llevado el apellido Larne, el de su madre, al morir ésta había sido enviado a Irlanda, con unos parientes maternos, donde se había criado y obtenido el título de abogado para casarse joven con una chica con ascendientes irlandeses y de Cornualles. Al poco, tras costarle al anciano Heythrop una buena suma de dinero, falle-

ció falto de recursos, dejando a la bella Rosamund con treinta años, una niña de ocho y un niño de cinco. No llevaba ni seis meses viuda cuando abandonó Dublín y llegó a Liverpool para reclamar la tutela del anciano. Se trataba de una mujer muy hermosa, como una rosa abierta en todo su esplendor, de ojos castaños jaspeados en verde. Una mañana había aparecido en las oficinas de la Compañía Naviera de las Islas acompañada de sus dos hijos, ya que él nunca les había proporcionado la dirección de su domicilio privado. Desde entonces se había ocupado de ellos en mayor o menor medida, manteniéndolos en una casita de un barrio a las afueras de la ciudad. Allí los visitaba, pero nunca los invitaba a su casa de Sefton Park, que en realidad pertenecía a su hija, de manera que su familia y amigos desconocían la existencia de aquellos tres.

Rosamund Larne era una de esas mujeres que apenas llegaban a fin de mes con los ingresos inciertos que le proporcionaba la escritura de relatos cortos con mucho cuerpo. En las circunstancias más pésimas, la joven mostraba un optimismo que casi rozaba la indecencia, algo que debido a su cinismo siempre divertía al anciano Heythrop. Pero apreciaba a sus nietos, Phyllis y Jock, que eran como potros salvajes. Por eso aquella oportunidad de depositar y asegurar seis mil libras a su nombre le había parecido como llovida del cielo. Según es-

taban las cosas, si él se «iba» —y, por supuesto, podía irse en cualquier momento—, ellos no recibirían ni un penique porque como poco dejaría a deber unas quince mil libras. Ahora les daba alrededor de trescientas anuales que salían de sus honorarios, ¡y los directivos muertos, por desgracia, no recibían honorarios! Seis mil libras al cuatro y medio por ciento, aseguradas de forma que su madre no pudiera despilfarrarlas, les aportarían doscientas cincuenta libras al año, que sería mejor que vivir en la miseria. Cuanto más pensaba en la idea, más le gustaba. ¡Solo faltaba que Joe Pillin, ese hombre tan inseguro, no se echase atrás después de haberse comido las uñas pensando en la operación!

Al cabo de cuatro días, el hombre inseguro volvió a la casa de Sefton Park.

—Lo he pensado, Sylvanus, y no me gusta.

—No, pero lo hará.

—Es un sacrificio. Cincuenta y cuatro mil libras por cuatro barcos supone una reducción considerable de mis ingresos.

—Pero implica seguridad, amigo mío.

—Eso es cierto. Sin embargo, no puedo verme involucrado en el pago de una comisión secreta. Si el caso saliera a la luz, imagine lo que supondría para mi buen nombre y sabe Dios qué más.

—No saldrá a la luz.

—Sí, sí, eso dice usted, pero...

—Usted se limitará a formalizar una asignación a nombre de unas terceras personas que le daré. Yo no recibiré ni un penique. Dígale a su abogado que redacte el documento y nómbrelo administrador. Podrá firmarlo cuando se haya efectuado la adquisición. Me fío de usted, Joe. ¿Qué valores tiene que le aporten un cuatro y medio por ciento?

—Los de Midland.

—Servirán. Así no necesita vender.

—Sí, pero ¿quiénes son esas personas?

—Una mujer y sus hijos, a los que quiero hacer un favor.

¡Vaya cara había puesto el hombre!

—¿Teme que lo relacionen con una mujer, Joe?

—Sí, usted ríase, pero sí que temo que me relacionen con la mujer de otro. No me gusta. No me gusta nada. Yo no he llevado la clase de vida que ha llevado usted, Sylvanus.

—Por suerte, porque hace mucho tiempo que estaría muerto. Dígale a su abogado que se trata de un antiguo amor, ¡viejo tunante!

—Sí, ese es mi miedo. Podría ser objeto de chantaje.

—Pídale que lo mantenga en secreto y que se limite a abonar la renta trimestralmente.

—No me gusta, Sylvanus. No me gusta.

—Pues no lo haga y adiós muy buenas. ¿Quiere un puro?

—Sabe que no fumo. ¿No hay otra forma de hacerlo?

—Sí. Vender los valores en Londres, depositar allí las ganancias y traerme seis mil libras en efectivo. Yo las guardaré hasta la junta general de accionistas. Si la operación no sigue adelante, se las devolveré.

—No. Eso me gusta aún menos.

—Es mejor que yo me fíe de usted, ¿no?

—No, no es eso, Sylvanus. No es eso. Es que se trata de jugar con la ley.

—No hay ninguna ley que le prohíba hacer lo que desee con su dinero y lo que yo haga no le atañe. Tenga en cuenta que no me quedaré con nada. Se limitará a ayudar a una viuda y unos huérfanos, algo muy propio de usted, Joe.

—¡Hay que ver cómo es, Sylvanus! No se toma nada en serio.

—De hombres preocupados están los cementerios llenos.

Al quedarse solo tras ese segundo encuentro había pensado: «¡El pobre diablo se atreverá!».

Y el pobre diablo se atrevió. El documento estaba redactado y solo faltaba la firma. Aquel mismo día el consejo de administración había decidido efectuar la adquisición, que estaba pendiente de que la ratificase la junta

general de accionistas. En cuanto ese trámite quedase superado y aseguradas las provisiones a favor de sus nietos, se burlaría de Brownbee y su pandilla, ¡ese grupo de farsantes e hipócritas! «Todos esperamos que aún le queden muchos años en este mundo». ¡Como si les importara otra cosa que no fuera su dinero! Que en realidad era el de ellos. Consciente de que había dedicado demasiado tiempo a sus ensoñaciones, se agarró a los brazos del sillón y tiró de su mole con intención de levantarse. El rostro y el cuello se le tiñeron de rojo debido al esfuerzo. Esa era una de las cientos de cosas que su médico le había prohibido hacer para evitar que sufriera una apoplejía, ¡el muy charlatán! ¿Por qué no acudía en su ayuda Farney o algún otro joven? Llamarlos le parecía indecoroso. Pero ¿iba a tener que quedarse toda la noche allí sentado? Fracasó en tres ocasiones y después de cada una permaneció sentado sin moverse durante un rato, colorado y exhausto. A la cuarta lo logró y se dirigió despacio hacia la oficina. Mientras la cruzaba se detuvo y, con su voz apagada, dijo:

—Se habían olvidado de mí, jovencitos.

—El señor Farney dijo que usted no deseaba que lo molestasen, señor.

—Un detalle por su parte. Déme mi sombrero y mi abrigo.

—Sí, señor.

—Gracias. ¿Qué hora es?

—Las seis, señor.

—Dígale al señor Farney que venga a verme mañana al mediodía para hablar de mi discurso ante la junta general.

—Sí, señor.

—Buenas noches a todos.

—Buenas noches, señor.

Con su paso de tortuga, sorteó los bancos de la oficina y desapareció.

Cerrando la puerta tras él, uno de los empleados dijo:

—¡Pobre presidente! ¡Está en las últimas!

Y otro contestó:

—¡Cielos! Es un tipo duro. Caerá luchando.

2

TRAS SURGIR DE LAS OFICINAS de la Compañía Naviera de las Islas, Sylvanus Heythrop se dirigió hacia la esquina donde siempre tomaba el tranvía que lo llevaba a Sefton Park. En la calle abarrotada reinaba ese ambiente próspero —que tienen en común ciudades como Londres, Nueva York o Dublín— de quien va a tomar o pierde un medio de transporte. El anciano Heythrop debía cruzar a la acera de enfrente y se lanzó a ello con determinación